

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Viene el día, tu día, en el que todo florece

1 de abril de 2007

Este domingo es el pórtico que nos introduce en la Semana Santa. Al igual que Jesús en Jerusalén, nosotros entramos en la semana más densa del Año Litúrgico. Toda ella está llena de sentido. En primer lugar, acompañamos al Mesías humilde, al Rey que entra en la ciudad montado en un pollino porque no quiere inspirar temor: *«Él no debe ser severo ni cruel, no tiene escolta, ni le acompaña una multitud de caballeros armados. No obra con rapiña ni exige tasas, ni servicios o funciones no menos viles que enojosas. Sus atributos son la humildad, la pobreza, la modestia»* (G. Palamas).

Jesús tiene otro tipo de autoridad; no necesita imponerse por la fuerza para mostrar que es el Mesías. Pero ciertamente Jesucristo entra en Jerusalén para emprender una batalla que será decisiva para el ser humano. En ella se juega el destino del hombre y la mujer: seguir sometidos al pecado o alcanzar la libertad de los hijos de Dios. Jesús dirá ya pocas palabras, está centrado en la voluntad del Padre y en que los suyos no se pierdan; por eso es bello contemplar a la multitud que lo aclama batiendo palmas, que son signo de victoria, diciendo: *«¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»*.

Pero, ¿qué tienen que ver todos estos hechos de la última semana de Jesús con nuestra vida de hoy, con lo que ahora nos preocupa, lo que preocupa a la gente? La religión cristiana no es simplemente una doctrina, es un acontecimiento, una acción del presente en la que el pasado se encuentra y el futuro se acerca. En esto precisamente se encierra el misterio de los días de la Semana Santa: un misterio de fe que se hace actual, de hoy; es la acción que Otro (Cristo) realizó en el tiempo pasado y cuyos frutos